



UNIVERSIDAD DE CHILE  
CENTRO DE ESTUDIOS  
SOCIALES Y URBANOS

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

UNIVERSIDAD DE CHILE

SECRETARÍA GENERAL

## RESUMEN

El actual debate político suele confundir modernización y modernidad, sin distinguir racionalidad instrumental y racionalidad normativa. Además, existe una errónea unanimidad acerca de la modernización lograda por el gobierno militar.

Considerando el carácter muy desigual de este proceso en Chile sería más adecuado hablar de una racionalización autoritaria. Para lograr una modernización efectiva el ejemplo europeo indica la necesidad de reformar la relación capital-trabajo y, en definitiva, vincular modernización y modernidad.

La autora estuvo en 1988/89 en una misión del CNRS francés asignada a FLACSO.

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

## Introducción

La idea de que los gobiernos militares habrían tenido por lo menos una virtud modernizadora ya es más que un elemento de la propaganda neoliberal y comienza a incorporarse al diagnóstico de las situaciones heredadas de los regímenes militares. En un libro dedicado a los problemas de la industrialización del Tercer Mundo Alain Lipietz comenta: "Estamos viviendo un momento de dudas y de interrogaciones. Los esquemas estallan permitiendo renegar de todo. Desde el fondo de la extrema pobreza nuevas potencias industriales se levantan. Ahí están los socialismos del Tercer Mundo corrompidos por la guerra y por el hambre. Los que fueron guerrilleros ingresan ahora a los ministerios a administrar países modernizados por los gorilas, ..es un tiempo en que todo se confunde, donde el enemigo se convierte en una abstracción, donde se redimen las maldiciones y los milagros se desarmen" <sup>1</sup>. Esta confusión es real y proviene de la convergencia que se ha producido en el debate político en torno al tema de la eficiencia productiva. La invasión de temas económicos en el discurso político se observa tanto en los países desarrollados como subdesarrollados puesto que ningún sector político puede evitar el tema de la inserción en la economía mundial.

En América Latina se trata de un fenómeno reciente. Hasta fines de los años setenta lo que preocupaba a un gran número de intelectuales era la relación entre modernización y totalitarismo, es decir las consecuencias sociales del proceso de modernización ocurrido bajo los regímenes burocrático-autoritarios de A. Latina y la vulnerabilidad de la democracia <sup>2</sup>. Estas cuestiones de

carácter político y cultural <sup>2</sup> han sido desplazadas por la agravación de la crisis económica durante los procesos de democratización, ubicándose el debate en el nivel de la administración de los recursos, es decir de la economía. Las energías se vuelcan entonces hacia la forma de lograr un proceso de modernización en lo económico, con mayor o menor equidad social. A su vez el problema político de las condiciones de gobernabilidad en un contexto de democratización pasa a ser encarado casi exclusivamente en términos de sus límites.

La modernización se justifica desde el punto de vista de la colectividad como un progreso hacia una mayor eficacia productiva. En la medida en que el proyecto modernizador ya no aparece como exclusivo de una determinada categoría social el debate se desplaza hacia una cuestión de prioridades de inversión y de ritmos de implementación. Las posiciones ideológicas se refieren más a esto último que a verdaderos modelos de sociedad. Las posiciones de derecha tienden a ver en la normalización de la vida política un freno al crecimiento y a la modernización; aunque ya no se definen por su apego a la tradición como en la década del sesenta, estarían por una democratización restringida o paulatina que no amenace la marcha de los negocios. La posición de centro sostiene que una democratización en condiciones de desajuste externo reduce fuertemente la capacidad de maniobra en lo económico; al enunciar propuestas de crecimiento equitativo se reconoce que existen límites al desarrollo de una modernidad en lo económico. Por último, está la posición de izquierda, formulada en forma explícita en algunos países andinos, que niega la

inevitabilidad de tales límites al replantearse totalmente la relación de la economía nacional con el exterior.

En Chile el tema es importante pues se está abriendo paso la tesis, compartida por vastos sectores políticos, que afirma que la gestión tecnocrática de la dictadura habría convertido al país en una suerte de "isla de modernidad y eficiencia" particularmente en comparación con los países vecinos. El tema de la modernización del país se asocia a la disponibilidad de productos de una sociedad de consumo, al buen funcionamiento de algunos los servicios básicos, al sistema bancario y a los sectores exportadores. Por su parte la oposición política al régimen militar enfatiza la necesaria continuidad en el plano económico, con un mínimo de cambios que no atenten contra la gobernabilidad del sistema político. Estas posiciones parecen razonables en un escenario de transición de manera a evitar las rupturas radicales y violentas de los años setenta y ochenta. No está claro sin embargo si detrás de estas actitudes existe o no la disposición a generar un consenso sobre el cual se apoye la gestión política por cuanto no se precisa cuáles son los aspectos positivos de la modernización y qué es lo que se desea rescatar de la gestión autoritaria.

Detrás de este consenso superficial hay una concepción económica (administrativa) de la política, que al final de cuentas se resuelve en los gabinetes ministeriales. Por un lado se reconoce que los

indicadores económicos de los últimos 4 años son excelentes; pero por otro lado se insiste en que hay pobreza y desempleo. El problema se formula como una cuestión de política económica y se resuelve introduciendo criterios sociales en las políticas de gasto público. La idea de fondo es que basta con una gestión eficiente para resolver los problemas del país. La eficiencia se entiende como mantención de los grandes equilibrios y la incorporación de criterios de equidad en la asignación de recursos. Las dificultades de un proceso de democratización tendrán por cierto mucho que ver con la administración de los recursos económicos pero la gobernabilidad del país dependerá también de la forma en que se movilicen los recursos humanos. En ese plano, el de la organización del trabajo y de la producción, es poco lo que sabemos y las proposiciones son escasas. Parece pertinente entonces indagar cuáles son las características de la modernización que se ha producido en Chile desde la perspectiva de las relaciones capital-trabajo.

Como punto de partida analizo la forma en que aparece el tema de la modernización en el debate político chileno y la importancia ideológica que adquiere. Luego circunscribo la noción de modernización a una lógica social (que en el caso chileno ha operado más bien como una ideología), contrapuesta a la de modernidad, que exagera los criterios instrumentales. En el terreno de la producción, la modernización se entiende exclusivamente en relación al mercado y al progreso técnico y no se considera la dinámica de las relaciones sociales que la hacen posible. Como punto de comparación

me refiero brevemente al nuevo modelo de empresa que surge después de la crisis en los países desarrollados. Por último, en base a los datos de una investigación sobre el cambio tecnológico y la respuesta de los actores sociales <sup>4</sup>, cuestiono la hipótesis de la modernización del aparato productivo y examino las consecuencias de lo que prefiero llamar una racionalización autoritaria de la industria chilena. Los cambios experimentados en la relación capital-trabajo me parecen más propiamente descritos como una regresión que como un progreso social.

#### ¿Dónde está lo moderno?

En Chile el debate político sobre la modernización se origina primero en el plan de modernizaciones aplicado por el gobierno de Pinochet a partir de 1978 en los sectores de educación, salud, previsión, legislación laboral y gobierno local. Luego el tema reaparece durante la campaña de publicidad previa al plebiscito del 5 de Octubre de 1988 con la publicación de dos libros polémicos: el de Joaquín Lavín sobre La Revolución Silenciosa y el de Eugenio Tironi sobre Los Silencios de la Revolución.

Lavín ve lo moderno en una gran variedad de comportamientos típicos de lo que él supone es una sociedad moderna: dos millones de hogares chilenos tienen televisión, 5.000 familias realizan sus compras por teléfono, los empresarios exportan y crean las primeras multinacionales chilenas, en fin pronto los chilenos hablarán tres lenguas: el español, el inglés y el lenguaje computacional. Estos y otros datos indicarían

que Chile es un país líder que ha modificado su inserción en el mundo y que comienza a mirar al Pacífico dándole las espaldas a una Latinoamérica atrasada. Lo que Lavín ofrece no es un análisis económico de los indicadores que probarían su tesis sino un cuadro descriptivo de los "fetiches" de la modernidad: el televisor, las computadoras, los microondas, las multinacionales. El cuadro presentado por Lavín es también contradictorio porque reconoce que existen 1.500.000 chilenos en situación de extrema pobreza hasta el punto que se ha debido "profesionalizar" la asistencia a este sector de la población. Para J. Lavín lo "moderno" estaría dado por una cierta visibilidad del país en el exterior a través de las exportaciones, por el consumo de productos propios de una sociedad industrializada, y por el surgimiento de una nueva clase empresarial dinámica y preocupada de la eficiencia.

Eugenio Tironi admite implícitamente que ha habido una revolución, pero que ésta tiene su lado oscuro. Reconoce como signos de la modernización la integración a los mercados externos y el predominio del sector privado. Pero el desarrollo de esta economía moderna ha provocado el surgimiento de otra, la economía de subsistencia que no tiene acceso alguno a los beneficios del progreso. Tironi muestra hasta qué punto Chile es una sociedad dual en que coexisten por un lado los que se han beneficiado de la modernización, la burguesía y la clase media alta y por otro los excluidos, el sector de extrema pobreza que superaría el 45% de la población, los jóvenes y una clase media empobrecida. Para Tironi la eficiencia económica es ciertamente importante pero también lo es la

eficiencia social. Chile se ha modernizado pues se ha dejado atrás los patrones de organización de la sociedad tradicional y agraria. Indicadores de esta modernización son la tasa de urbanización, la caída de la natalidad y el acceso generalizado a la educación formal. El problema a resolver es entonces cómo integrar a esta población a un mercado del cual sólo participa una élite.

Aunque no en forma explícita, el planteamiento de Tironi apunta a una definición de los criterios sociales que deberían inspirar las políticas económicas. A los logros económicos corresponde un costo social que no se puede perpetuar a riesgo de provocar situaciones social y políticamente explosivas. En cierto sentido su análisis resume la tarea que han desarrollado durante años los centros de investigación del sistema académico independiente, cual es la de mostrar los resultados negativos de la gestión del régimen militar poniendo especial énfasis en la situación de los trabajadores y de la clase media. Esta línea de trabajo merece ser profundizada de manera a identificar los efectos de largo plazo que quedan en el tejido social por la aplicación indiscriminada de criterios de rentabilidad. También es importante asumir las consecuencias políticas de la llamada modernización económica y que se traduce entre otras cosas en la desresponsabilización de los actores sociales en el marco de un orden autoritario <sup>5</sup>.

Moderno, modernidad, modernización

Pero ¿de qué modernización estamos hablando? De antemano conviene distinguir desde un punto de vista conceptual la modernización del debate sobre lo moderno o la modernidad, temas que han sido objeto de reflexión tanto desde el punto de vista estético (Benjamin, Derrida, Meschonnic,) como filosófico (Hegel, Habermas). El concepto de modernidad en cualquiera de sus versiones presenta una dimensión cultural preponderante: la vanguardia en el arte, la creencia en el progreso, el predominio de la racionalidad, el "desencanto", la desintegración de las concepciones religiosas del mundo.

La concepción sociológica de la modernidad, desarrollada principalmente por Max Weber, distingue la dimensión cultural de la modernidad de la dimensión social. El proceso de racionalización no sólo se manifiesta como laicización de la cultura occidental. También aparece como desarrollo de la sociedad moderna. Lo que Weber analiza es la aparición de nuevas estructuras sociales con un alto grado de diferenciación y donde pierden fuerza los principios tradicionales de integración.

En la perspectiva weberiana se percibe una tensión entre modernización y democratización. Desarrollando este pensamiento, J. Habermas se pregunta cómo hacer funcionar una democracia en una sociedad sometida a la lógica científica e instrumental<sup>6</sup>. La duda y el problema surgen cuando se constata que la lógica propia de las organizaciones (la empresa capitalista y la burocracia

según Weber) es muy diferente de la que hace funcionar la sociedad. El proceso de modernización se caracteriza por la centralidad que adquiere la racionalidad instrumental o funcional que es eminentemente económica. La actividad económica y la actividad administrativa son las actividades funcionales más características de la institucionalidad de las sociedades modernas. La modernización ha significado una pérdida de la racionalidad normativa que se define en las relaciones sociales y con referencia a los valores.

El concepto weberiano de modernidad es reformulado durante los años cincuenta por el estructural-funcionalismo creando el término modernización. La concepción funcionalista de la modernización se aplica a la extensión de las relaciones capitalistas, el desarrollo de un sistema político centralizado, la elevación del nivel educacional, etc. Según Habermas, el funcionalismo opera una abstracción decisiva en cuanto desliga la modernidad de sus orígenes históricos (la Reforma, el Renacimiento y el descubrimiento de América) y la presenta como modelo general de evolución social indiferente al contexto espacio-temporal en que ocurra.

La sociología funcionalista de la postguerra, imbuída de esta concepción evolucionista y del espíritu del industrialismo (Kerr, Davis) marcó durante mucho tiempo a las ciencias sociales latinoamericanas que se abocaron a analizar el cambio social desde el punto de vista del paso de lo tradicional a lo moderno. La hipótesis del efecto modernizador del desarrollo industrial estaba relacionada con aspectos demográficos

(urbanización, tasas de natalidad) y culturales (secularización). En las décadas del 60 y 70 la influencia teórica del marxismo y las experiencias políticas de izquierda desplazaron esta visión evolucionista. El tema reaparece con la crisis de los proyectos reformistas y con el auge de las doctrinas neoliberales que legitiman la vuelta a las "fuerzas de mercado" como base para la asignación de recursos. Las tecnocracias encargadas de aplicar el modelo neoliberal se presentan como portadores de un proyecto modernizador.

La modernización se ha convertido en el paradigma de referencia en la medida en que todos los países deben elevar sus niveles de competitividad internacional. Hay que recordar sin embargo que Europa es la única región del mundo en que la modernización es compatible con organizaciones sociales fuertes y con una satisfacción de las necesidades básicas de la amplia mayoría. En ese contexto tiene sentido que el movimiento sindical se plantee el problema de la democracia económica como extensión de la democracia política. En otros países capitalistas desarrollados como Estados Unidos, el funcionamiento de la economía está totalmente desprovisto de consideraciones de tipo social. La separación entre esferas económicas y políticas otorga al mercado un rol central en la regulación social<sup>7</sup>. En los países subdesarrollados los procesos de modernización adquieren características despóticas en la medida en que se realizan apoyándose en situaciones sociales caracterizadas por la pobreza, organizaciones sociales débiles y sistemas políticos excluyentes.

En el caso de Chile tenemos una situación aún más extrema en la medida en que el discurso modernizador fué utilizado, al igual que el discurso pacificador, como fuente de legitimidad de una gestión dictatorial. En lo económico, la modernización se redujo a dejar al mercado el rol de regulación y el Estado asumió un rol de contención de las demandas sociales. En lo político, los estados de excepción suprimieron totalmente la función integradora que cumple la política reemplazándola por la fuerza. El orden autoritario estableció un sistema eficaz de control social que se apoya en la exacerbación de la racionalidad instrumental. Es bueno y normal todo lo que es eficiente. Es legítimo todo lo que es funcional. Al mismo tiempo un Estado burocrático-militar altamente tecnificado se encargó de la regulación política. Cabe preguntarse entonces ¿en qué medida la recuperación de las libertades políticas resuelve las características más bien despóticas que ha tenido hasta ahora la modernización?

Con la redemocratización surge el problema de cómo compatibilizar la dimensión económica de la modernización (competitividad, rentabilidad, etc.) con la dimensión política (acuerdos, compromisos, consensos); la racionalidad instrumental (fines y metas funcionales) y la racionalidad normativa (de fines y metas que tengan un sentido compartido). Planteado en términos políticos se puede decir que los problemas de legitimación no se resuelven con compromisos parciales entre intereses antagónicos, sino con formas más estables de obtención de consenso. Se requiere entonces algún grado de modernidad en lo político en el sentido de un proceso que busque

realizar objetivos tanto instrumentales como funcionales (rentabilidad, crecimiento, bienestar) sin detrimento del logro de fines propiamente normativos.

Si nos situamos ahora en el plano de las actividades productivas, y tomando como referencia la experiencia de los países desarrollados, la modernización tecnológica exige el desarrollo de un nuevo tipo de relaciones sociales, nuevas relaciones de poder entre los actores en la empresa.

### La modernización tecnológica y el nuevo paradigma productivo

En los países desarrollados el tema de la modernización reaparece durante la década de los setenta estrechamente asociado a una nueva dinámica productiva que se desarrolla a raíz de la crisis del petróleo y que se apoya en la revolución microelectrónica. La modernización productiva en los países avanzados fué una respuesta a la crisis del modelo fordista de organización del trabajo (modelo que se basaba en una reproducción ampliada de la fuerza de trabajo gracias al Estado de bienestar). Si todos los países desarrollados se enfrentaron a dificultades similares, algunos han tenido procesos de modernización más exitosos que otros. Las experiencias japonesa, alemana e italiana han sido más exitosas que la francesa e inglesa. La experiencia italiana de la industrialización difusa basada en las potencialidades productivas de las regiones y apoyándose

en la estructura familiar, la mayor responsabilización de los obreros alemanes en el uso de las NT, y las técnicas japonesas de organización de la producción, hicieron ver que la modernización se daba tanto a nivel tecnológico como a nivel de las relaciones humanas y de la organización del trabajo. Recordemos además que estas mutaciones se han producido en estos países gracias a la estabilidad del sistema político y a un proceso bastante avanzado de reestructuración productiva y de racionalización de las empresas que se inició casi en forma simultánea a la crisis del petróleo (1974-75).

Estas experiencias indicaron que la superación de la crisis no pasaba, como se pensó durante algunos años, por la "desregulación" y el retorno a una lógica de mercado. Los resultados más o menos positivos de las políticas de ajuste y de reconversión mostraron la importancia que tenía la gestión de las empresas. La nueva gestión productiva incluye el cambio tecnológico, pero también tiene ingredientes de contenido schumpeteriano como son el desarrollo de nuevos mercados, métodos de organización del trabajo más eficientes y nuevas relaciones sociales. La competitividad de las firmas depende de su relación con el mercado, de la capacidad para aumentar la productividad, de sus sistema de gestión y de la forma en que resuelve la relación capital-trabajo. La literatura especializada dedica atención a todos estos factores y no sólo a los factores comerciales o tecnológicos.

En forma resumida se puede decir que la dinámica productiva de un proceso de modernización se basa en un nuevo modelo de empresa que tendría las siguientes

características:

- organización del trabajo flexible basada en la automatización de la producción y de la gestión;
- un alto nivel de calificación del personal,
- trabajo polivalente y movilidad profesional,
- menos controles y barreras jerárquicas,
- gestión participativa de nuevas innovaciones (círculos de calidad, grupos de expresión).

Para que se puedan desarrollar cada una de estas dimensiones aparece como indispensable una redefinición de las relaciones capital-trabajo. Esto significa que sin la incorporación de los trabajadores a un proyecto modernizador se hace muy difícil obtener aumentos significativos de productividad. Veamos ahora en qué medida la experiencia chilena se acerca de un proceso de modernización y cuáles son sus límites.

#### La racionalización autoritaria de las empresas

Los factores más comúnmente citados para explicar el repunte de la actividad productiva chilena después de la crisis de 1983 son una política estatal que favoreció a la iniciativa privada y el surgimiento de empresarios dinámicos que han sabido colocar sus productos en el mercado mundial. Se suele oponer una economía manejada con criterio empresarial y abierta al exterior a una economía (en la que se incluyen todos los regímenes anteriores a 1973) donde predominaba el criterio

asistencial y el proteccionismo. Si reflexionamos con respecto a los criterios de modernidad enunciados más arriba veremos que el tema es más complejo que una simple oposición entre Estado y mercado o entre empresarios tradicionales y empresarios dinámicos.

En primer lugar, la difusión de técnicas modernas de producción está lejos de ser una realidad. Se observa una penetración de las nuevas tecnologías en las actividades de apoyo de la industria (comunicaciones, administración computerizada) pero no en los procesos productivos. Con la excepción de la gran minería y la celulosa, la inversión en nuevas tecnologías de producto y de proceso ha sido poco significativa. La difusión del cambio tecnológico es desigual; la heterogeneidad tecnológica del sistema productivo chileno se mantiene y se profundiza. En el sector industrial las grandes empresas no están en condiciones de realizar inversiones en tecnología pues continúan arrastrando un pasivo importante después de la crisis de 1982 o bien están limitadas por aranceles excesivamente bajos debiendo competir con productos importados subsidiados. Las empresas medianas y pequeñas trabajan en mercados tan reducidos que no justifican tales inversiones. El modelo económico aplicado ha favorecido la innovación en los sectores llamados "competitivos" (fruticultura, pesca, minería, madera) pero no así la modernización del aparato industrial.

La introducción de nuevas tecnologías avanzó mucho más rápidamente en ciertas ramas del sector servicios (bancos, servicios financieros, telecomunicaciones) que

en el sector industrial. El resto del sistema productivo sólo ha experimentado un proceso de racionalización tanto a nivel de la estructura industrial (cierre de plantas anticuadas, eliminación de capacidad ociosa) como de la organización del trabajo (disminución del personal, subcontratación).

Después de 1983 el uso de tecnologías modernas se ha acelerado en empresas grandes y medianas siendo más significativo en los sistemas administrativos que en los procesos productivos. La gestión de activos y pasivos financieros se torna cada vez más compleja lo que ha estimulado la informatización de procesos administrativos y contables. Esto se manifiesta en la expansión del mercado computacional chileno. Aunque son pocos los trabajadores vinculados a las nuevas tecnologías de base microelectrónica el número de los que se ve afectado en forma indirecta por el impacto de la informatización en las estructuras organizativa es elevado.

En segundo lugar, la eficiencia a que se alude se mide a partir de un criterio de rentabilidad: las empresas son eficientes porque dejan utilidades. Algunas grandes empresas que estaban totalmente quebradas en 1983 aficharon en 1988 utilidades superiores al 30 y 50%. En el debate político se discuten las grandes opciones institucionales pero no se cuestionan ni los montos ni los mecanismos de obtención de beneficios. Lo mismo ocurre con los negocios de exportación. El país requiere de divisas y de mercados de exportación, lo que se está persiguiendo aunque sea al precio de agotar los recursos naturales.

Por último, hay que mencionar las bases sociales de los procesos productivos. ¿Cómo se manifiesta la modernización en los lugares de trabajo? ¿En qué han cambiado las relaciones internas en la empresa por la introducción del cambio tecnológico?

### La relación capital-trabajo

En un primer momento, durante el período del "boom", se produjo lo que se llamó una "modernización de escaparate" que introducía pautas de consumo sin correspondencia alguna con la capacidad tecnológica local. La crisis de 1982 y las políticas de ajuste provocaron un fuerte proceso de reestructuración productiva y de racionalización de las empresas. Muchas empresas quebraron y despidieron personal y las que sobrevivieron lo hicieron gracias a una brutal racionalización interna. Esto significó una caída del empleo, el cierre de algunas líneas de producción y una reasignación de recursos. La racionalización interna se entendió también como redefinición de las políticas de gestión del personal.

Si se analiza el proceso de modernización desde el punto de vista de los trabajadores se observa una caída de los salarios obreros, la evolución negativa de la escala salarial ampliando las distancias entre categorías inferiores y superiores, y el deterioro de las condiciones de trabajo, en especial ahí donde hay trabajo con equipos automatizados (como es el caso de las digitadoras en los bancos). Se puede concluir entonces que el aumento de la productividad y de los rendimientos

(utilidades) de las empresas se hizo en detrimento del factor trabajo.

En términos generales se puede decir que la racionalización autoritaria de las actividades productivas ha tenido como principal efecto una desvalorización del factor trabajo lo que se manifiesta en tres niveles.

1° Ha desaparecido toda definición colectiva de las condiciones de empleo de los asalariados. La legislación laboral ha favorecido la negociación individual de contratos, salarios y condiciones de trabajo. Durante los años de alta cesantía se decía que se dejaba actuar a las fuerzas de mercado. En los hechos se liberalizó el derecho del trabajo y el Estado aseguró condiciones de restricción sindical.

2° La fuerza de trabajo ha sido movilizada en forma amplia incorporándose al trabajo nuevas categorías de la población pero esto no ha repercutido en un mayor nivel de ingreso de las familias. Todos los miembros de las familias obreras deben permanecer en el mercado de trabajo y a pesar de eso se mantienen en un nivel de sobrevivencia. Los salarios reales del trabajador son insuficientes para la reproducción de éste y de su núcleo familiar. Esto ha producido una alteración de roles tradicionales en la familia.

3° El trabajo ha perdido contenido profesional en la medida en que las formas de organización del trabajo se basan más en la simplificación e intensificación de

tareas que en un trabajo complejo. La pérdida de la calificación que se produce al no poder encontrar el empleo adecuado a la profesión entrena también una menor productividad de la mano de obra.

Estos hechos son más visibles en algunos sectores industriales y han sido descritos en forma detallada por sector productivo por la investigación realizada estos últimos diez años<sup>10</sup>. Para que el trabajo recupere un lugar en la economía y la sociedad se requiere de medidas económicas, jurídicas y políticas. No basta pues con orientaciones globales o con la elevación del salario mínimo. Es necesario restablecer un equilibrio en las relaciones capital-trabajo. También es claro que los empresarios, además de reconocer en el sindicato un actor legítimo, deberán traducir sus objetivos de modernización en un mejor tratamiento de los recursos humanos.

Hay también un aspecto cultural que es importante y que se omite mencionar: es el grado de internalización de estas prácticas en todo el tejido social. En las relaciones cotidianas de trabajo se consideran como legítimos comportamientos que en nada están asociados a prácticas empresariales modernas. Entre otras cosas el paternalismo patronal tiene hoy día rasgos más autoritarios, no existe la noción de una relación contractual protegida por el derecho sino más bien relaciones entre individuos. En otras palabras se han borrado los límites entre lo legítimo y lo arbitrario, entre la violencia y la civilidad, entre la cosa pública y lo privado.

### Conclusión

La expansión de las relaciones capitalistas en la economía chilena ha sido causa de un acelerado proceso de modernización en el sentido weberiano, es decir, de un predominio de los criterios funcionales e instrumentales en la vida social. Este proceso es el resultado histórico de muchas décadas en las que aumentó la urbanización, se elevó el nivel educacional, se comenzaron a controlar las tasas de mortalidad, se modificó la estructura patrimonial agraria, etc. El régimen militar aceleró una de las fases del proceso de modernización -la inserción de la economía chilena en la economía mundial- al crear las condiciones para una reestructuración productiva y el desarrollo de actividades competitivas.

La modernización que se atribuye al régimen militar tiene características de una racionalización autoritaria pues se reformularon las relaciones laborales en el sentido de una pérdida del espacio que los trabajadores ocupaban en la economía y en la sociedad. Esto se logró gracias a una política estatal represiva, que por cierto facilitó el proceso al flexibilizar al máximo las condiciones de contratación. Pero no ha sido sólo el Estado el artífice de una exclusión política y económica del factor trabajo, sino también las empresas. El sistema no funcionaría si no se reprodujera la exclusión en los lugares de trabajo.

El régimen militar reforzó los aspectos de racionalidad instrumental de la modernización a raíz de los shocks sufridos por el aparato industrial y de la fuerte racionalización de algunos sectores productivos. El contexto de excepción creado anuló toda capacidad de formular criterios de racionalidad normativa por parte de los actores sociales. La racionalización productiva que se aplicó en las empresas en Chile ha sido un obstáculo a la democratización y puede seguirlo siendo pues no basta con la recuperación de los derechos políticos. Un proyecto modernizador en las condiciones políticas de los próximos años, exige una mayor democratización económica.

Este tipo de enfoque en el que se analiza políticamente la economía, lleva a plantear que la cultura política democrática se construye también en la empresa. En los lugares de trabajo se genera y se produce un cierto tipo de consenso, lo que significa que no se puede limitar lo político a la esfera del Estado. No basta entonces con poner el énfasis en los "aspectos sociales" del desarrollo o con decir que hay que pagar la "deuda social". Las políticas macroeconómicas definen las grandes orientaciones del gasto. Son la base para el restablecimiento de los grandes equilibrios sociales, pero los actores sociales deben asumir la tarea de redefinir sus relaciones.

Esto significa que no se puede ignorar la tensión que existe entre un proceso de modernización en el que tienden a predominar el cálculo instrumental y la racionalidad del mercado y, por otra parte, la

democratización entendida como los mecanismos de una autodeterminación normativa. La "modernización sin modernidad" que está ocurriendo en los países en desarrollo por la vía de su inserción externa se acepta como algo natural cuando los regímenes políticos son autoritarios. En democracia los rasgos despóticos de la modernización deben ser objeto de discusión en la medida en que se abre un espacio para el ejercicio de la modernidad.

El texto continúa con una discusión teórica y empírica sobre la relación entre modernización y democracia. Se argumenta que la modernización puede ser un proceso que ocurre sin que necesariamente se abra un espacio para la democracia. Sin embargo, cuando la modernización ocurre en un contexto de autoritarismo, los rasgos despóticos de la modernización deben ser objeto de discusión. El texto también menciona que la modernización puede ser un proceso que ocurre en un contexto de democracia, pero que no necesariamente garantiza la modernidad. Se discute la importancia de la participación ciudadana y la transparencia en el proceso de modernización. El texto concluye que la modernización sin modernidad es un fenómeno que puede ocurrir en cualquier país, pero que puede ser evitado si se crean las condiciones adecuadas para el ejercicio de la modernidad.

## NOTAS

1. A. Lipietz Mirages et Miracles. Problèmes de l'industrialisation dans le Tiers Monde. Ed. La Découverte, Paris, 1985.

2. CLACSO, Los límites de la democracia, Buenos Aires, 1985.

3. La modernidad en la política y en la cultura han sido ampliamente tratados por N. Lechner y J. J. Brunner.

4. Investigación realizada en forma conjunta con un equipo CLACSO-SUR.

5. N. Lechner, Los patios interiores de la democracia, FLACSO, Santiago, 1988.

6. J. Habermas Théorie de l'agir communicationnel, Paris, Fayard, 1987 y Le discours philosophique de la modernité, Paris, Gallimard, 1988.

7. Telò M. "La democrazia economica: limite o risorsa del riformismo europeo?", Studi Storici, n. 4, 1988.

8. C. Montero "Límites y alcances de la modernización productiva en A. Latina", Documento de trabajo, SUR, 1989.

9. F. Fajnzylber, La industrialización trunca de A. Latina, Editorial Nueva Imagen, México, 1983.

10. Ver en particular los estudios del PET sobre salud y condiciones de trabajo.

1944  
1945

1946  
1947  
1948  
1949

1950  
1951

1952  
1953  
1954

1955  
1956  
1957

1958  
1959  
1960

1961  
1962  
1963

1964  
1965  
1966

1967  
1968  
1969

1970  
1971  
1972

1973  
1974  
1975

1976  
1977  
1978

1979  
1980  
1981

1982